

Dra Martes 12 de Junio

Carta de Horacio Quiñones a Manuel Buendía, semanas después de que éste fuese amenazado de muerte por Rubén Figueroa.

“A LA PRENSA SOLILOQUIA SE LE RESPONDE CON LAS BALAS”

A mi querido y fraternal amigo Manuel Buendía.

Que yo recuerde, Manuel, unas solas balas te intimidaron: no lo bastante para silenciar tu pluma, pero sí lo suficiente para que a algunos de tus amigos de confianza nos enviaras unas cartas, fotocopias y demás documentos.

Meses después, comiendo juntos, me expresaste: tu temor había provenido del carácter del mexicano: irreflexivo y apasionado. En un yanqui puede esperarse el ataque frío, calculador, como el de un tigre. En un mexicano todo se puede esperar: lo mismo el abrazo de auténtica y sincera reconciliación, que el mismo abrazo político con el puñal escondido. Puede el mexicano común y corriente tirar lejos su pistola para retarte a cuerpo limpio, o puede invitarte a escoger pistola si ambos la traen. Matar a traición es propio de los sajones, no de todos, pero es un modo sajón que nos ha llegado a contaminar. En el caso que nos ocupa dijiste echándole al cigarrillo una bocanada profunda, el agresor era el gobernador de Guerrero, Rubén Figueroa.

Este Figueroa es mexicano, es decir, no sólo ladra, muerde. No se conforma con no ladrar. Quién sabe qué fuerzas políticas intervinieron para que no diera cumplido a su fallida amenaza pues el caso era para él, vergonzoso. También los hombres, cuanto más hombres son, suelen tener vergüenza y hasta lloran...

En esa comida hablamos del senador Field Jurado, hablamos del pseudo suicida Soto y Gama en la Convención de Aguascalientes y hablamos de nuestras más recientes experiencias.

Manuel jugaba regularmente tenis con José López Portillo. “Me dejaba vencer... No soy tonto” me dijo, pero sacaba dos o tres pistas buenas y en cierto modo, Horacio, no creas que no me protegía jugar tenis los domingos con el Presidente (a menos que no ganara) es una excelente protección política.

¿Sería cierta —pregunté— la especie según la cual perro que ladra no muerde?, respondiste: en general es cierta. Si te fijas, los periodistas somos perros que ladran, que avisan de un peligro real o fingido. Raras veces nos atrevemos a morder el chamorro, si el dueño de la casa no nos hace caso, ya sea porque ande de gira y sus colaboradores son sordos profesionales o porque tiene alguna secreta connivencia con el ladrón. Entonces nosotros —al menos los que no participamos de esa connivencia— mordemos.

Es cuando estamos expuestos a un balazo nacional, o lo que es más propio del indio colonizado, vale decir, el mestizo o el pocho vendido, o el ladrón empeñadísimo en robar, recurre antes que nada a compartir con el periodista “el producto” del robo. Si este se resiste a comer mendrugos, que se atenga a las consecuencias.